

CAPITULO III

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

I

Discurso del profesor Dr. Carlos M. de Pena, de la
Universidad de Montevideo (1).

Señor profesor Altamira:

El señor Rector de la Universidad me ha discernido un alto honor que está por arriba de todo merecimiento.

Es en su nombre y como antiguo adepto del Claustro universitario, al que me vinculan treinta años de profesorado,—que os doy,—ilustro maestro, la más cordial bienvenida, asegurándoos que estáis entre amigos entusiastas del saber, entre estudiantes y profesores que anhelan ser vuestros discípulos, y entre admiradores de vuestra condición, de vuestra ciencia y de vuestro incansable y magnífico esfuerzo en favor del progreso universitario y de la cultura general del pueblo.

Tenéis conquistado de antemano nuestro res-

(1) Véase mi informe sobre los trabajos realizados en Montevideo, en el capítulo anterior, núm. 1.

peto y nuestro cariño, porque hace ya tiempo que vuestras enseñanzas han penetrado en vuestras aulas, y vuestra propaganda sobre la fraternidad científico-literaria entre España y América había cautivado nuestro espíritu y orientado el pensamiento hacia la consecución de los bellos ideales que animan á los propagandistas de la España Nueva, en cuyo número os contáis, y en primera fila.

Os ha tocado realizar una parte de vuestros ensueños; y la obra que habíais iniciado en momentos de pesimismo, se os va presentando fácil, simpática y hacedora, cual no lo habíais imaginado al hacer con ánimo doliente y con vuestra habitual franqueza, el «Balance colectivo del pueblo español» después de haber hecho el estudio de su Psicología.

Habéis venido á América para servir aquellos ideales, para tomar del acervo americano aquello que el profesor Rowe consideraba nuestra característica para acrecentar el patrimonio común y para influir en los destinos de la humanidad pensante. Habéis dicho: mientras no vaya á América, no conozco más que á medias á mi pueblo. Lo propio podríamos decir los americanos del Sur mientras no vayamos á España.

Traéis un especial encargo de la Universidad de Oviedo; de aquella colmena laboriosa y brillante, que al mismo tiempo que elabora y difunde á la patria el panal de rica substancia para el espíritu, extiende las alas del enjambre por toda

la América, para esparcir gérmenes de luz y de vida recogiendo en cambio la savia fecundante que hierve en estos pueblos de Hispano América, para trasvasarlo á las venas de la Nueva España.

Venis de esa escuela de Oviedo, que está, sin duda alguna, á la vanguardia de la cultura española y que es portaestandarte de la Universidad moderna por la intensidad de la obra colectiva que realiza; por la dirección científica amplia que imprime en el espíritu de renovación y de crítica en todas las manifestaciones de la vida intelectual; por la disciplina metodológica que pone en todas las ramas del saber, y por las aplicaciones realistas del conocimiento, de la ciencia, del arte, que extiende á los rangos más menesterosos de la sociedad.

Vuestra misión actual de confraternidad literaria, de difusión científica, de investigaciones y aplicaciones didácticas, de intercambio de ideas, de profesores, de escolares; vuestro apostolado de cooperación universitaria, de acercamiento é intimidad entre estudiosos, responden á una tendencia muy acentuada en nuestra época, que ha tenido manifestaciones notables en los Estados Unidos, en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en España..., y volviendo á América, en Perú, en Chile, en la Argentina, en el Brasil..., en todos los Congresos científicos internacionales, en los latino-americanos como en los pan-americanos..., en el primer Congreso de estudiantes de Montevideo, y en esta misma Universidad,

que, bajo el rectorado del Dr. Acevedo, inició, con el concurso del Ejecutivo y de la Legislatura, las Bolsas de viaje, como un premio á los graduados sobresalientes, para que ampliasen sus estudios en Europa y en los Estados Unidos é informaran sobre asuntos del mayor interés en la vida universitaria.

Y todavía, si remontásemos un poco más en nuestra historia educacional, veríamos que la gran reforma escolar uruguaya es el resultado del viaje de observación y de asimilación de José Pedro Varela á los Estados Unidos, de cuyo sistema educativo hizo la adaptación genial que es su obra gloriosa. Al igual de Sarmiento, que declaraba en su célebre discurso «Ambas Américas» que mientras Mr. Arnold visitaba en 1874 la Argentina, para comunicarle un día movimiento industrial con sus capitales y sus amigos norteamericanos, él visitaba los Estados Unidos, para traer á la Argentina las escuelas y las experiencias de Horacio Mann: «el fuego sagrado que mantiene viva la llama de la libertad, la educación universal del pueblo».

Y elevándonos á la fuente genésica de las ideas, á una región superior, transcendente, más comprensiva y universal, diríamos que esa tendencia á cultivar la simpatía y la justicia entre las naciones por la obra común de los espíritus selectos, á dar el mayor desarrollo á la cooperación intelectual de los centros científicos dirigentes, á extender constantemente y á intensificar

los lazos de la solidaridad en el pensamiento, en el sentimiento y en la acción social, no son otra cosa que la enseña viva del gran ideal que nos legó el siglo pasado: vinculación, de armonía incesante, del hoy con el mañana; no demoler en la organización social y política, no destruir radicalmente, como el salvaje que troncha el árbol para arrancarle el fruto; reconstruir con amor, renovar gradualmente todos los elementos y las fuerzas para la elaboración actual del futuro, en ascensión constante del presente hacia el porvenir, abriendo siempre cauces nuevos á la corriente inmortal de los sentimientos creadores, de las ideas directrices, para ayudar así «á la formación de una nueva capa en la geología moral del mundo», según la frase de William James.

Vuestra misión es el complemento ó es la coronación de aquella grande y noble labor que, con el concurso de otros vuestros colegas ilustres de Oviedo, iniciasteis en 1898, al programar la Extensión universitaria; que continuasteis después, para honra de la cultura española, en la «Comunicación circular» de 1900 y en las «proposiciones» presentadas en el mismo año ante el Congreso Hispano-Americano.

Os damos, pues, la bienvenida como á antiguo conocido, que lo sois, en efecto, en nuestra Universidad, tanto en las aulas bulliciosas y juveniles de los cursos preparatorios, como en las cátedras menos alegres, un tanto más severas, de los Estudios Superiores de Facultad.

Especialmente os brindamos puesto de honor y os recibimos calurosamente en la Facultad de Derecho y de Ciencias Sociales, porque sabemos cuánto aprecio tenéis y cuánta consagración habéis dedicado á la más amplia cultura de la mente en aquellas ramas de los estudios sociales y jurídicos que son de vuestra predilección y de vuestra insuperable maestría.

Nos considerábamos muy dichosos con haber recibido la visita de sabios profesores norteamericanos, que vinieron á informarse de nuestro estado social, de nuestros adelantos educacionales—como Rowe, como Shepherd, de quien dijisteis con muchísima justicia que era «the best man for the work»: el hombre mejor para la tarea.—Nos trajeron el mensaje de que, antes que la utilidad de los vínculos mercantiles, aquilataban ellos en sus centros académicos la importancia mayor y mucho más decisiva de la cooperación intelectual activa entre todos los estudiosos y las Universidades de toda América, y que estaban seguros de que la corriente de ideas sería mucho más poderosa que el intercambio de productos para empujar vigorosamente á los pueblos de ambas Américas á una amplia conciliación internacional, cuyo lema es: «Pro Patria per orbem concordiam.»

Nos consideramos felices con haber oído al profesor Ferrero, que nos transmitía un criterio comprensivo de psicología y de interpretación históricas, iluminando con las nuevas luces de la

crítica moderna algunos rincones oscuros, algunos personajes sombríos ó enigmáticos de la Historia romana, reconstruyendo, haciendo revivir ante nuestros ojos el escenario antiguo, transfigurado por la íntima compenetración de los hombres y de las cosas que fueron, con los hombres y las cosas de nuestros días.

El elocuente profesor Ferri, con palabra cálida y deslumbrante, nos dejó sus últimas conclusiones sobre problemas fundamentales de criminalidad y de sociología.

Y conservamos también la impresión fugitiva de la sonrisa irónica del ático francés, del amable filósofo del *Jardín de Epicuro*, del pesimista del buen decir, eximio humorista y artífice de la palabra, Anatole France.

Cuánto más complacidos nos sentimos ahora, señor, que esperamos la dicha de recoger de vuestros labios, en la cara lengua materna, aunque sea por breves instantes, las sabias lecciones que son la síntesis de vuestros estudios incesantes, la condensación más elevada, más intensa, de la cultura moderna y de la cultura española.

Nos traéis los ecos del apostolado de Oviedo, de vuestras enseñanzas recientes en el Ateneo de Madrid; el reflejo vívido de los más hondos problemas que la Psicología, la Pedagogía, la Sociología y la Historia están llamadas á resolver; el fruto de vuestras largas investigaciones en los Seminarios disciplinantes, en los Laboratorios de estudio de España y del Extranjero; las conclu-

siones de vuestros libros de Historia, de Literatura, de Psicología, de Crítica, de «Cosas del día», de América en España y de «España en América», y os acompaña como una nueva aureola el rumor de las ovaciones públicas por el éxito de vuestras notables conferencias en la Argentina.

Me siento vinculado, como el que más, al Centro científico de que procedéis, y en el que habéis tenido siempre actuación descollante.

En verdad, señor, yo no tengo otro título que aquel antiguo vínculo para dirigiros ahora la palabra, que es en mis labios pálido reflejo de lo que la mente uruguaya acaricia y sienten hondamente los corazones, y que hubiera sido manifestación brillante y elocuente de sentimientos y de ideas en los labios del señor Rector, como acabamos de oírlo, ó de cualquiera otro de los compañeros de tarea en esta casa, que se enorgullece de vuestra presencia.

De Oviedo y de sus maestros ilustres he hablado hace años; constantemente, en mis cursos universitarios de Economía, de Hacienda pública y de Derecho administrativo, y año por año consagro siempre una mención entusiasta al ilustre maestro Posada, que es vuestro compañero de tareas.

Este recuerdo, y las impresiones que recogeréis en el seno de la familia universitaria, os persuadirán de que vuestra misión tiene ya muchos senderos allanados y de que encontraréis

una franca y entusiasta adhesión para realizar la nobilísima tarea, tan merecidamente confiada á vuestros relevantes méritos y excepcionales condiciones.

Os recibiremos, ilustre profesor, con la sencillez y la intimidad que son de vuestra predilección y de vuestra índole nativa, espejo de la vuestra.

Deseamos que al entrar en esta casa sintáis toda la llaneza, el entusiasmo y la cordialidad con que os acoge la falange universitaria, ansiosa de otros, porque sabe cuánto conocéis ya, anticipadamente, de nuestra historia y de nuestro ambiente social, y con cuánta ecuanimidad de espíritu, elevación de criterio y profunda simpatía, habéis tratado de nuestras relaciones intelectuales con vuestra patria y de los hombres representativos nuestros en la labor literaria y filológica más intensa que puede presentar el país.

De hoy más, señor, nuestros vínculos con la España que deseáis «europeizar» y «americanizar», con la España Nueva que soñáis y cuya evocación hacéis constantemente en todo vuestro sacerdocio de publicista y de profesor; de hoy más esos vínculos quedarán estrechísimamente cerrados con broches de oro por el acto de solidaridad intelectual que significa vuestra presencia en este hogar del pensamiento; por la impresión imborrable, suave y honda que deja siempre vuestra verba reposada y elocuente; por vuestro ferviente anhelo de hermandad universitaria; por

vuestro culto al ideal; por vuestros ideales científicos, que son también los nuestros y los agentes más poderosos para el acercamiento de los hombres y de los pueblos para dilatar los horizontes del pensamiento y de la vida, y para activar, en los crisoles de América, la energía fundente de razas, de inspiraciones, de elementos económicos que se transfiguran y agigantan en estas tierras de promisión del nuevo mundo.

Señor profesor:

Estáis en casa amiga, que deseamos os pareciere casa vuestra.

No necesitáis de presentación; vuestros hechos y vuestras obras, palpitantes de altruismo, rebosantes de luz y de sanas enseñanzas, son vuestras mejores credenciales, vuestros mejores títulos á la simpatía, al respeto y á la admiración de todos.

II

Discurso del bachiller Francisco A. Schinca, en la despedida á la Universidad de Montevideo.

Ilustre profesor:

En esta hora, demasiado fugaz, que las nobilísimas exigencias de vuestra empresa intelectual ha querido que fuera la última entre las consagradas á la fecunda convivencia de nuestro espíritu con el vuestro, deseo recoger, como la expresión definitiva de nuestro sentir, la frase magistral y toda vibrante de emoción con que un notorio orador argentino os despidió en su tierra, honrada también por vuestras inolvidables enseñanzas. La tribuna de nuestra Universidad, serenamente hospitalaria para todas las altas manifestaciones intelectuales, quedará muy pronto vacía de nuestra persona, pero penetrada de vuestro recuerdo y de vuestro pensamiento, cuyas vibraciones melodiosas revivirán en la intimidad de nuestra alma, de la misma manera casi sortilégica como «los órganos de las catedrales,

abandonados por el artista—decía con irreemplazable y justo decir el eximio orador bonaerense,—sorprenden de pronto en la noche con la resonancia de los acordes errantes». Para los que hemos comprendido la virtual generosidad de vuestra propaganda, sobrevivirá, en la inaplacable inquietud de nuestros corazones, como una voz que trae de Europa, no la afirmación petulante de doctrinas que allá han envejecido y tal vez caducado para siempre, sino el mensaje cordial de aquella nueva civilización española, tan esplendorosamente representada por vuestro talento; aquella nueva civilización española franqueada ya á todos los vientos del espíritu, á todas las influencias del presente y á todas las solicitudes del porvenir.

No traéis en vuestras manos la espada rutilante y flexible de las controversias académicas, sino un atributo de paz; y es porque sabíais, con anticipadas revelaciones de vuestro destino como educador de muchedumbres, que en los luengos y novedosos peregrinajes por las ciudades americanas, rumorosas, cosmopolitas y animadas por un progresivo espíritu de modernidad, vuestra noble cruzada no iba á renovar el estruendo de las antiguas disputas y de las apasionadas justas dialécticas; porque no veníais á discutir, sino á confraternizar con nosotros; no á imponer vuestras enseñanzas, sino á difundirlas por el convencimiento; no á conquistar prosélitos para ningún dogma científico, sino á atraer corazones

con la inagotable bondad que unge con óleos de persuasión vuestra palabra; humana y compadecedora bondad que, como la ternura profunda y cordial de que nos habla el poeta francés, se siente perpetuamente estremecida ante todos los injustos dolores del mundo.

Temíais, acaso, que las sociedades recién surgidas á la existencia en este continente, acicateadas todavía por los resabios de su épica y tumultuaria mocedad, se dejasen regir por los impulsos demasiado vehementes ó por los instintos demasiado batalladores; y para desvanecer el extraño prejuicio que hace consistir en las apoteosis de la fuerza la gloria y la preponderancia de las naciones, habéis proclamado hace poco, desde esta misma cátedra universitaria, la eficacia regeneradora del ideal y la bondadosa sugestión del amor. Pues bien, maestro; nos interesa que digáis en Europa, desde aquel austero retiro ovetense, en cuyos hondos silencios claustrales germinan tantas semillas de sabiduría y de virtud, que digáis en Europa cómo ha resonado, con propicias repercusiones, en los ámbitos de nuestras universidades, el verbo vibrante en vuestros labios; cómo la juventud americana lleva en el corazón, al igual que la juventud que en vuestro propio país alza las nuevas banderas sobre las cumbres inholladas, el anhelo de un mañana mejor; cómo hemos venido preparando el espíritu de nuestros pueblos para las ascensiones ideales de que nos dan ejemplo los vuestros, y cómo, en las

primaverales eflorescencias de nuestra civilización, late y circula, no sólo la savia vital que ayer fortaleció para las gestas inolvidables el brazo de nuestros guerreros, sino también la que vigoriza el cerebro de nuestros trabajadores intelectuales, discípulos, hermanos y colaboradores, puesto que así lo habéis querido, de los que honran universalmente vuestras aulas.

Nos interesa sobre todo que se conozca en España el éxito singular de esta prestigiosa cruzada vuestra, cuya inteligente realización era un ensueño de nuestras jóvenes sociedades. Si alguien ha podido creer que los vínculos históricos y tradicionales, y las perdurables afinidades de raza y de idioma que nos unieran á España, se habían quebrantado al consumarse la obra necesaria de nuestra emancipación, en los tempestuosos amaneceres del siglo pasado, el espectáculo de la indestructible alianza espiritual que el mensaje de la Universidad de Oviedo significa, bastará para disipar aquella creencia. Somos, por imposiciones de la febril vida moderna, extrañamente cosmopolitas. La sangre europea se ha transfundido en nuestras venas, atemperando el ritmo bravío de la impetuosa sangre indígena; en nuestras urbes se unifican todas las patrias; en nuestros puertos ondulan y flamean, bajo la fastuosa gloria solar, todas las banderas de la tierra; nuestro hogar conoce el amable secreto de las hospitalidades afectuosas y amplias; pero sobre la confusión de las costumbres, sobre la mez-

cla de los idiomas, sobre la agitación oceánica de las multitudes, hay algo que nos une perennemente á vuestra historia, á vuestro espíritu, á vuestro destino; algo que hace que vuestro pensamiento pueda dilatarse amigablemente en el nuestro, y que vuestros sentimientos encuentren una prolongación ideal y una concordancia perfecta en nuestros propios sentimientos; y ese algo es el habla sonora y unánime en que habéis vivido á predicar entre nosotros palabras de esperanza y amor; la lengua maternal y armoniosa con que nos han arrullado vuestros padres y nuestros padres; en que se han dirigido al porvenir vuestros estadistas y nuestros estadistas; en que han cantado vuestros poetas y nuestros poetas: la lengua majestuosa en Quintana, prestigiosa en Zorrilla, vibrante y electrizadora en Espronceda, matizada y lírica en Bécquer, multisonante y rotunda en las estrofas de Núñez de Arce, opulenta y asiática en la prosa de Castelar, atildada y pulcra en Valera, áurea en las oraciones de Donoso Cortés, magistral é impecable en los densos estudios estéticos de Menéndez Pelayo, sobria, vigorosa, persuasiva y apta para la difusión de las más altas verdades, en las páginas de crítica y de sociología de... Altamira... Lengua melódica y subyugante, por cuya virtud, imperiosamente unificadora, tantos pueblos se identifican con el vuestro en el mismo esfuerzo de domoñación del rebelde presente y en la misma ansiedad de porvenir.

Porque no es tan sólo el idioma, señor, lo que nos une y armoniza á través del espacio y del tiempo; es también la identidad fundamental de nuestras aspiraciones, la santa comunidad de nuestros anhelos de futuro. Es multiseccular vuestro pueblo; pero triunfa en él, actualmente, el intento feliz de una renovación. Ya no se vuelve solo, con supersticioso mirar, á las doradas lontananzas de su historia, ni se aísla en sus tradiciones gloriosas, ni se cristaliza en la inmovilidad marmórea y mortal de los moldes impuestos. Es más alto el afán de sus hombres de pensamiento, y hay en la actitud de los más avanzados intelectuales de vuestro país, pródigo de sol y de gloria, el deseo, ya casi magníficamente realizado, del vuelo y de la ascensión. Y es por eso por lo que el alma reffloreceda y radiosa de vuestra España puede vibrar al unísono con el alma adolescente de nuestra América. Cabe atribuir á las dos el culto de aquel generoso ideal que un pensador de vuestra península, el sugestivo Alomar, calificaba con la denominación modernísima de «futurismo», predicándolo con novedad de estilo y de concepto á las generaciones nuevas de su patria y á los políticos próceres de su edad, como la violenta y sintética expresión de un deseo de reforma intelectual y social que ha de fundarse principalmente en un vivo y austero desprecio de todo lo inmutable y dogmático, y en una estimulante esperanza en la obra genial y constantemente rectificadora de nuestros hijos.

Vuestra Universidad de Oviedo ha contribuido de una manera especialísima á ese progresivo acercamiento del espíritu español al espíritu americano. Y notad por qué humilde linaje de medios providenciales se ha realizado esa aproximación fecunda y feliz. Trocando los gloriosos orígenes de vuestra Universidad, yo me la figuro levantándose en vuestra España, hace ya tres centurias, como una concreción maravillosa de vuestro vasto ideal de cultura científica. El Renacimiento ya había transfigurado la vida social española. Ya escribiera Luis Vives, revelando su genial aptitud, sus libros nutridos de doctrina renovadora; Nebrija había mostrado, rediviva y triunfante, la antigua y clásica civilización, y Servet, descubierto el misterio de la circulación de la sangre, y Huarte y Pereyra anticipándose á las sensacionales revelaciones de la filosofía nueva; Luis de León rimaba sus odas morales y exaltaba las sorprendentes hermosuras de la noche serena; Fernando de Herrera hacía vibrar heroicamente el resonante endecasílabo en sus glorificadores epinicios; llegaba á vuestras tierras, enamoradas de la luz, el indisipable aroma de las primaveras itálicas, triunfaban vuestros artistas en las escuelas; laboraban vuestros humanistas en el silencio de sus gabinetes; Hurtado de Mendoza mostraba, en la rica diversidad de sus infatigables actividades, la índole particularísima de vuestro pueblo; Cervantes se disponía á dar entrada, en la asamblea de los arquetipos literarios nacidos

para la inmortalidad, á su hidalgo casi divino; el teatro español se preparaba en silencio para su inigualable edad de oro. Sumad á esto el brillo deslumbrante de una monarquía que dilata sus dominios sobre dos continentes y el vigor de una civilización fecundísima que impone en todas partes su soberanía y su prestigio. En este ambiente privilegiado, nace vuestra Universidad y se abren á la meditación y al estudio sus claustros hospitalarios y sus aulas austeras. Pero no es en ese siglo de preponderancia de vuestra nación y de vuestra política cuando se realiza por entero el ideal de vuestros sabios y de vuestros gobernantes; ese ideal lo realizáis ahora vosotros, los ilustres profesores actuales de la Universidad de Oviedo; vosotros, que convocáis á los pueblos á las fiestas de vuestro espíritu, que salís en cruzada de pacificación y de esperanza, y que procuráis mantener con las colonias emancipadas aquella voluntaria y complacida comunicación, ideal mucho más fecundo que la antigua subordinación á la metrópoli, porque nos permite acercarnos sin recelo, sin humillación y sin amarguras, al ara indestructible, y ya santificada por la Historia, de nuestras adoraciones comunes.

Preclaro maestro de América: Cuando abandonéis este recinto, en donde por tan breve espacio de tiempo nos ha cautivado la simpática vibración de vuestra palabra, llevad la seguridad irrevocable de que hemos amado y amamos, por la mediación de vuestro espíritu dilecto, el viejo y

afectuoso hogar universitario de cuyo mensaje os ha correspondido ser esta vez iluminado portador. Y amándolo, nos sentimos más fuertes, por la noble sugestión de su ejemplo, para afrontar el presente no siempre halagüeño y para mirar al porvenir, todavía incierto é indeciso. Para guiarnos en la búsqueda ansiosa del ignoto futuro, habéis hecho vibrar vuestro verbo entusiasta en medio de nuestras asambleas juveniles. Arraigue en vos la persuasión de que ese verbo casi profético ha suscitado ecos inefables en nuestros espíritus, y de que aun en el tumulto y hervor de nuestros combates intelectuales, flotará para siempre el eco de vuestras lecciones, la resonancia inmortal de vuestras ideas, á semejanza de aquel valioso manuscrito que en el problema admirable de Alfredo de Vigny, encerrado en una botella que la mano de un naufrago entrega á la perenne agitación de las olas, pasa inmune por entre los escollos traidores y lleva, vencedor de la muerte, hasta la playa en que otra mano piadosa lo recoge, las palpitantes confidencias de un espíritu superior!...

He dicho.

* * *

No he podido hallar—y lo deploro mucho—el texto del interesante discurso que pronunció, en el banquete de despedida ofrecido por la Universidad (véase mi Informe), el profesor D. S. del Castillo. He tenido, por eso, que renunciar á publicarlo en la presente edición.